



SIN ARREPENTIMIENTO ALGUNO

Julián Zapico Alonso

SIN ARREPENTIMIENTO ALGUNO



Primera edición: marzo 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Julián Zapico Alonso

ISBN: 979-13-87612-54-2

ISBN digital: 979-13-87612-55-9

Depósito legal: M-6069-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi madre

No entiendo cómo las personas pueden sentirse bien consigo mismas
sabiendo que emocionalmente destruyeron a alguien.

ANÓNIMO

Lo más sabio es el tiempo, porque esclarece todo.

TALES DE MILETO

Nos equivocamos cuando nos guardamos todo dentro. Cuando para no
hacer daño a los demás, nos hacemos daño nosotros mismos, acumulando
frustración, estrés y rabia. Porque nos olvidamos de que el cuerpo es el
campo de batalla de nuestras emociones. Las células del cuerpo obedecen a la
psique. Es fácil enfermar a causa del dolor del alma.

ANÓNIMO

Los infelices son egoístas, injustos, crueles e incapaces de comprender al otro.
Los infelices no unen a las personas, las separan.

ANTÓN CHÉJOV

El reflejo de toda una vida

Los años no habían pasado en vano, el sufrimiento, los continuos rechazos y la traumática infancia que había vivido también habían aportado su granito de arena. Frente al espejo, Macarena veía su rostro y en ese reflejo ya no reconocía a aquella jovencita que bailaba en El Perro Salado al ritmo de la música disco o aquella niña que se escondía temerosa en el armario o debajo de la cama por temor a ser violentada o abusada, sino a una mujer mayor cuyo rostro estaba marcado por las arrugas propias de la edad y cuya cabellera comenzaba a encanecer dejando poco a poco en el pasado el castaño claro por el cual la apodaban la *Güera*, familiares, amigos y vecinos.

Del cajón de su tocador tomó el cepillo y comenzó a desenredarse su larga cabellera, mientras lo hacía se percató que en el fondo veía el reflejo de Jojon-dais, al cual guardada dentro de una vitrina en el fondo de su habitación al lado de una decena de muñecos Geli que su hijo, Iván, le había regalado a lo largo de los años. En su modular había conectado su unidad USB y había puesto a Camilo Sesto. Al oír *Piel de ángel*, a su memoria vino la imagen de Xavier cantándosela al oído. Su recuerdo parecía tan lejano y a la vez estaba presente, atormentándola día con día.

«De seguro nunca recibió mi carta». Desde que le había enviado esa carta, Macarena no lograba estar en paz. Para ella no había nada más importante en ese momento, que Xavier recibiera esa carta y la leyera. Necesitaba que él supiera lo que su familia estaba haciendo. «¡Dios, solo eso te pido!», le suplicaba.

Macarena continuaba cepillando su cabellera y mientras lo hacía las reminiscencias de su pasado, tanto buenas, como malas, así como las anécdotas e historias que su madre le contaba, vinieron a su memoria...

La sesión espiritista

El frío sereno de la mañana, acompañado de frescas ventiscas que acarrearban a su paso las marchitas hojas de los árboles de la alameda que simulaban curiosas y caprichosas coreografías de baile en las que el marrón, el bermellón y los tonos ocres predominaban, anunciaban la llegada del otoño. Antonia desde su ventana observaba a las cadenciosas hojas bailar al son del fresco viento otoñal. El día estaba nublado y por momentos los grisáceos nubarrones parecían ser los heraldos que anunciaban una tormenta que no acababa de llegar. Antonia se hallaba sumida en la nostalgia de un pasado que hasta hacía no mucho aún era su presente. La presencia de aquella mujer en el velorio de Domingo le había pesado demasiado. «¿Quién sería?». La duda le devoraba el alma, desde aquel día no había podido olvidarla, su recuerdo la perseguía a diario y no encontraba respuestas a sus preguntas: «¿Una amante?, ¿una hija?, ¿por qué lamentaba tu muerte?, ¿cuál será su nombre?».

Día con día se recrudecían más los recuerdos y a pesar de que en ese momento contaba con el apoyo incondicional de sus hijos, no parecía poder seguir adelante.

Antonia estaba molesta, decepcionada, no entendía por qué Domingo, su compañero de tantos años, su esposo, su amigo, su cómplice, la había engañado. Un buen día esta recibió la visita de doña Cástula, una amiga que se dedicaba a la venta de amuletos para la buena suerte, velas, inciensos y objetos esotéricos a quien conocía del mercado. Amablemente la invitó a pasar. Su visita no le incomodaba, pero tampoco le venía bien, no estaba de buen ánimo, sin embargo, pudo fingir un poco. Antonia preparó café y sirvió en un plato de cerámica decorada con motivos florales de color púrpura, unas galletas de mantequilla. Las dos mujeres sentadas en la sala comenzaron a conversar, en un principio de trivialidades, pero luego, de forma inevitable y sin proponérselo, Antonia comenzó a hablar de Domingo, todo en la casa le traía a su mente reminiscencias de él. Los reproches no se hicieron esperar, Antonia, furiosa, apretaba los labios, apenas y podía pronunciar palabra alguna y así continuó

hasta que la ira no se lo permitió más. Al verla en tal estado, doña Cástula le comentó que conocía a cierta mujer que podía ponerla en contacto con Domingo.

Antonia confundida no daba crédito a lo que su amiga le estaba diciendo, no obstante, y a pesar de lo absurdo que podía sonar dicha idea, prestó oídos a su singular interlocutora.

—Sí, Antonia, yo conozco a una mujer, a una médium, que puede comunicarse con el más allá.

—¿Esa mujer puede hacer que hable por última vez con Domingo a pesar de...?

—Sí, ella puede hablar con la gente que ha fallecido.

—¡Llévame con ella! —exclamó Antonia imperativa.

—Te llevaré con ella —adujo gentilmente doña Cástula.

Antonia tomó su abrigo, cerró una ventana que había abierto para que se ventilara la casa, y junto con doña Cástula, salió de aquel hogar que en estos momentos le era insoportable habitar.

Ambas mujeres abordaron un tranvía que las llevaría a la colonia Doctores pues aquella mujer de habilidades particulares, vivía cerca del mercado Hidalgo, a unos pasos de San Juan de Letrán. Tras un largo recorrido, ambas mujeres llegaron a la vivienda de la médium. Antonia esperaba ser recibida por una gitana o si no, por algo parecido, en una habitación llena de exóticos aromas de incienso, símbolos de extraña comprensión y de un místico origen y en cuyo centro habría una mesa con una bola de cristal, empero, y muy por el contrario, su casa era común, la decoración, los muebles, incluso los cuadros, no daban ningún indicio sobre las capacidades sobrenaturales que poseía su propietaria, y en sí misma, ella no parecía poseerlas, ya que lucía como una ama de casa común.

—Esperabas a una gitana, ¿no es así? —le preguntó la médium a Antonia, quien, desconcertada por haberle adivinado el pensamiento, no supo que responder—. No se preocupe —agregó la mujer—, la mayoría de las personas eso esperan.

Antonia se sentía apenada a la vez que doña Cástula se encontraba divertida por el momento.

—Vengan conmigo —dijo la médium quien las conducía a través de un corredor de su vivienda.

Por fin entraron a una habitación un tanto lúgubre en cuyo centro se encontraba una mesita redonda de tres patas alrededor de la cual estaban dispuestas tres sillas, velas blancas y un vaso con agua. La médium se sentó en una de las sillas luego de lo cual exhortó a sus visitantes a que tomaran asiento en las otras dos pidiéndoles que se tomaran de las manos.

En voz baja y casi inaudible, la médium comenzó a rezar unas palabras que tanto Antonia como doña Cástula no alcanzaban a comprender. La atmósfera de la habitación comenzó a enrarecerse y las llamas de las velas que alumbraban de forma tenue y misteriosa el lugar, comenzaron a contonearse de maneras extrañas e irregulares. Antonia y doña Cástula se miraron un poco perturbadas y un tanto nerviosas, mientras tanto, la médium se convulsionaba bruscamente y por momentos de modo desagradable. De súbito se quedó quieta con la cabeza gacha y un viento frío y denso sopló desde un extremo de la habitación. La temperatura descendió dramáticamente y la mujer alzó la cabeza dejando ver sus ojos en blanco. Parecía estar poseída, fuera de este mundo o al menos de este plano astral. Y así como estaba, desdoblada y fuera de sí, abrió sus labios y de estos se escuchó para sorpresa de Antonia y de doña Cástula, la voz de Domingo.

—¿Domingo, eres tú? —cuestionó Antonia, a lo que la voz le respondió que sí—. ¡Anda! ¡Dime! ¿Quién era esa mujer? —interrogaba Antonia con brusquedad. De pronto se hizo un silencio sepulcral. Antonia al no tener respuesta alguna, volvió a insistir.

—Alguien de quien es mejor que no sepas nada —dijo Domingo.

—¡Quiero saber! —alzó la voz Antonia—. ¡Te exijo me digas de quién se trataba!

—Trata de disfrutar de la vida al lado de tus hijas, pues ya no te queda mucho.

Antonia no daba crédito a las frías y duras palabras de Domingo.

—¡Domingo! —llamaba molesta Antonia—. ¡Domingo! —volvió a llamar sin tener respuesta.

La médium se contorsionó y recobró la consciencia saliendo del trance en el que se había sumido.

—¿A dónde se fue mi marido? —incurió Antonia furibunda.

—Al parecer ya no quiso hablar con usted —contestó la médium. Acto seguido, Antonia, molesta por la respuesta, le reclamó su falta de educación, la tachó de ser una farsante y la amenazó con denunciarla a la policía. Doña Cástula, avergonzada, se llevó a Antonia del lugar no sin antes ofrecerle una disculpa a la vidente.

—¡Domingo nunca me hablaría de esa forma! —refunfuñaba camino a su casa.

—Dudo que la mujer se haya burlado de ti —le indicó doña Cástula quien estaba incómoda por la reacción agresiva de su vecina.

—¡Pues ese no fue él!

La mesa redonda

Doña Cástula se había percatado del cambio en la actitud y en el comportamiento de Antonia, su semblante incluso había cambiado, la expresión en su rostro se había vuelto adusta y sombría. Todo el tiempo estaba molesta y se le veía ansiosa y desesperada. Antonia estaba convencida de que Domingo la había engañado. Por tal motivo doña Cástula pensó consultarle a la vidente si era posible conseguir una mesa como la que ella tenía. Así Antonia por su cuenta podría preguntarle a su difunto esposo por aquella misteriosa mujer y despejar todas sus dudas.

La médium recibió a doña Cástula el día que habían acordado y esta le señaló que la mesita no tenía nada de especial, que solo se trataba de una mesa de madera de cedro de tres patas y ensamblada con pegamento, sin clavos. Doña Cástula tomó nota de lo que le había dicho la vidente con el fin de mandar a fabricar una exactamente igual, estaba convencida de que la mesa era mágica. Tras dejar a la médium, doña Cástula tomó un tranvía que la llevara a la Lagunilla y fue a ver a don Evaristo, un antiguo pretendiente que se dedicaba a la carpintería y a la ebanistería para encargarle que le hiciera una mesita igual a la que tenía la médium.

Don Evaristo vivía en la Lagunilla y su taller lo tenía ubicado a unos pasos de Garibaldi a donde cada viernes acudía luego de su ardua jornada de trabajo a escuchar a los mariachis que ahí se congregaban y a tomarse unos caballitos de Tequila y uno que otro de mezcal.

Por fin doña Cástula llegó al taller de don Evaristo que aún la recordaba con especial afecto. La saludó con mucha emoción y cortesía, pues hacía ya mucho tiempo que no había sabido de ella. Charlaron un rato, recordando viejos tiempos y jocosas anécdotas que tuvieron la oportunidad de compartir en sus mocedades. Doña Cástula, un poco apurada buscaba la forma de terminar con la amistosa conversación para poder hacerle el encargo que requería. Desesperada como ya estaba y sin perder más tiempo, interrumpió a su, hasta no

hacía mucho, leal admirador y le explicó detalladamente como quería la mesita. Don Evaristo prestó atención y le dijo que se la tendría lista en unos tres días. Doña Cástula se percató de que no habían acordado el costo de la mesita, por lo que le preguntó a su eterno enamorado en cuánto se la iba a dejar, a lo que este le respondió que solo le cobraría el importe de la madera. Doña Cástula se sintió alagada y sus ruborizadas mejillas la delataron. Ella sabía que ese detalle de generosidad por parte de don Evaristo respondía al interés que aún tenía en ella, sin embargo, ella no quería aceptarlo, ya que sabía que, de hacerlo, de alguna manera aceptaba su galanteo y no quería darle falsas esperanzas por lo que le insistió en que le diera el precio justo, no obstante, la obstinación de don Evaristo terminó imponiéndose y a doña Cástula no le quedó de otra que aceptar los términos del buen hombre.

Al cabo del tercer día, don Evaristo se presentó en la vivienda de doña Cástula. Consigo traía la mesita que había traído a cuestas desde la Lagunilla.

—¡Ayúdeme a llevarle la mesita a Antonia! —le pidió doña Cástula a su eterno enamorado.

Evaristo sin titubeo alguno tomó la mesa poniéndosela a cuestas y juntos fueron hasta la puerta de la vivienda de Antonia.

Antonia se encontraba en la cocina preparando la comida de ese día, Dolores la ayudaba y en la radio sonaba *No me ofendas* interpretada por los Panchos. La aldaba de la puerta sonó tres veces. Dolores y Antonia se preguntaban de quién podría tratarse. Dolores le dijo a su madre que iría a ver. Cómo acababa de picar jitomate, cebolla, chile de árbol y cilantro para preparar el pico de gallo, tenía las manos batidas del jugo, de las semillitas y de los desechos de aquellas frutas y verduras, por lo que fue a lavárselas al fregadero. Dolores abrió la puerta y no pudo evitar ver en primera instancia la mesita en manos de don Evaristo. Saludó a doña Cástula y a su acompañante y los invitó a pasar a la vivienda.

—¡Mamá, te busca doña Cástula! —llamó con voz fuerte Dolores.

Antonia salió de la cocina secándose las manos con una toalla. Antonia vio a doña Cástula y de inmediato su vista se posó en la mesita que don Evaristo había colocado a un costado de él.

—¡Es como la mesita que teníamos! —señaló con entusiasmo Dolores quien de inmediato recordó las sesiones espiritistas que llevaba a cabo con su madre para comunicarse con Ezequiel.

«Es como la mesa que me regaló Socorrito y que las termitas devoraron».

Doña Cástula le dijo a Antonia, que como ella evidentemente no era vidente no iba a escuchar la voz de Domingo, por lo que debería encender una vela blanca y colocar un vaso de agua cerca de la mesita y su comunicación sería a través de golpes, uno para sí y dos para no, Antonia no tenía palabras para agradecerle el gesto a su vecina y le comentó que pronto le platicaría el resultado de su primera sesión, se dieron un fuerte abrazo y se despidieron.

«No te dejaré descansar en paz hasta que me digas quien era esa mujer».

El regreso de la madre de Eugenia

La atmósfera se enrarecía a la vez que la temperatura bajaba gradualmente y el ambiente comenzaba a sentirse un tanto pesado, Antonia y Dolores se encontraban sentadas alrededor de la mesita que le obsequiara su buena amiga y vecina, doña Cástula, encendieron una vela blanca y colocaron el vaso de agua en el centro de la mesita, Dolores y Antonia se tomaron de las manos y trataron de comunicarse con Domingo, como otrora lo habían hecho con Ezequiel.

Para Dolores e incluso para su hermana Bárbara, esto ya era una práctica relativamente habitual, pues Antonia de alguna manera las presionaba a acompañarla cuando deseaba llevar a cabo alguna de sus, improvisadas, sesiones espiritistas, a veces exitosas y a veces no tanto.

En alguna ocasión que, a regañadientes, Bárbara, ayudó a Antonia en una de estas sesiones paranormales, le advirtió que ya no continuara, ya que podría atraer al espíritu de alguien más o aún peor abrir un portal a una entidad demoniaca, empero Antonia reprendió a su hija menor en un tono por demás áspero y enérgico y le dejó claro que quien mandaba en esa casa era ella y que se iba a hacer lo que ella ordenara. Bárbara de mal agrado guardó silencio y se limitó a cumplir con los deseos de su madre en ese momento, por su parte Antonia comprendió que para dicha tarea ya no podría contar más con ella y a partir de ese momento solo se lo solicitó a Dolores con quien contaba incondicionalmente.

—¡Domingo! ¡Domingo! Da un golpe para responder, sí, o dos para decir, no —indicaba Antonia— ¡Domingo! ¡Domingo! —continuaba llamando, pero no había respuesta alguna— ¡Domingo! —Antonia junto con Dolores insistía en entablar contacto con el más allá, pero todo era inútil, nadie respondía a pesar de que en el ambiente flotaba un halo de extraño misticismo. Dolores únicamente la observaba detenidamente sin emitir ninguna palabra. Antonia continuaba en su intento por entablar contacto con Domingo, pero únicamente un silencio sepulcral envolvía el lugar. La frustración y la desesperación comenzaron a apoderarse de ella y apretando sus labios, suplicaba con fe, musitando palabras que le eran incomprensibles a Dolores. Antonia parecía

estar en un intenso y furioso trance, apretaba con mayor fuerza las manos de su hija y cómplice y solo sus desesperados ruegos, que comenzaban a tener un tono imperativo, se escuchaban en la habitación hasta que estos se vieron interrumpidos por unos golpes en la puerta. Antonia pensó que por fin había tenido una respuesta.

— ¡Domingo! ¿Eres tú? —preguntaba Antonia.

Nadie respondía. Solo silencio.

Antonia miraba fijamente a Dolores, la cual no pronunciaba palabra alguna de sus delgados y bien delineados labios.

Una vez más se escucharon golpes en la puerta. Antonia se sobrecogió, abrió más sus ojos arqueando sus escasas cejas y de nueva cuenta llamó a Domingo. Dolores, comprendiendo que alguien llamaba a la puerta soltó, las manos de su madre y se levantó de la mesa.

—Mamá, creo que alguien llama a la puerta, iré a ver de quién se trata.

Antonia aún mantenía una pequeña esperanza de que los golpes hubieran provenido del más allá, pero al escuchar una voz femenina que le resultaba de momento desconocida, su alma se vio embargada por una enorme decepción.

Tras unos instantes que a Antonia le parecieron una eternidad, esta recobró su entereza y se puso en pie, iría a ver de quién se trataba.

Al llegar a la sala vio como la mujer que había llamado a su puerta, hizo a un lado a Dolores y entró mostrando su carencia de buenos modales. Eugenia y Bárbara que se encontraban sentadas en la sala ojeando unas revistas se pusieron de pie al ver la intempestiva actitud de la mujer que se había colado a su vivienda. De momento Antonia no la había reconocido, pero tras unos momentos de observarla detenidamente, la reconoció. Se trataba de la madre de Eugenia, de aquella mujer nefasta que hacía ya varios años le dejó a su hija porque le resultaba un estorbo para rehacer su vida.

—¡Hija! —la mujer se lanzó sobre Bárbara para estrecharla entre sus brazos.

Bárbara desconcertada no pudo disimular en su rostro el desagrado que estaba experimentando, mientras que por su parte Eugenia levantó su mirada al cielo raso, arqueando sus cejas y poniendo una mueca mezcla de fastidio, desilusión y enojo.

— ¡Esa no es tu hija! —adujo en tono hosco Antonia quien a continuación se aproximó a donde Bárbara tomándola a esta del brazo y arrebatándola de los brazos de la confundida madre de Eugenia.

—Debí haberme confundido, ya tiene tanto tiempo que no veo a mi hija que no la reconozco —dijo de modo despreocupado luego de lo cual Eugenia se dio la vuelta y se retiró a su habitación.

—Tu cinismo es en verdad indignante —espetó Antonia de modo enérgico—, acabas de humillar a tu hija y ni siquiera te has percatado de eso —agregó.

—Supongo que era aquella muchacha que salió de aquí un tanto desairada —señaló la madre de Eugenia.

—Así es y no quiere saber de ti por lo que no tienes ya nada que hacer aquí —Antonia estaba irritada.

—Venía con la intención de conversar con ella y recuperar el tiempo perdido...

—Creo que ya es demasiado tarde así que si me disculpas tengo cosas que hacer por lo que te suplico te retires de una buena vez.

La madre de Eugenia comprendió que no era bienvenida y un tanto indignada se dio la media vuelta, no sin antes lanzar una mirada de desprecio a Antonia, y se marchó para nunca más volver.

Un viaje para dejar atrás la tristeza

Antonia junto con Bárbara y Dolores fueron a comprar víveres al mercado como era costumbre semana tras semana. De puesto en puesto iban seleccionando las mejores frutas, verduras y carne. Por lo regular les daban buen precio debido a que eran clientas de antaño e incluso ya había cierta confianza y amistad con algunos tenderos y locatarios como era el caso de Xóchitl con quien ya había fuertes lazos de amistad.

—Anda, Dolores, apúrate que aún tenemos cosas que comprar y además quiero ir a saludar a Xóchitl —Antonia apresuraba a su hija que se había entretenido viendo un vestido y un sombrero en un puesto de ropa de segunda mano.

—¿Dónde está Bárbara?

—Fue a comprar ajo.

—La esperaremos aquí.

Pregoneros y merolicos ofrecían sus elixires, pociones y ungüentos con propiedades prácticamente mágicas que, aseguraban, curaban casi cualquier tipo de dolencia o padecimiento. La gente iba y venía, hombres de tez oscura y expresión un tanto adusta cruzaban el mercado cargando huacales llenos de jitomates, cebollas, manzanas y demás cultivos que estaban descargando de camiones que se encontraban aparcados a un costado del complejo comercial.

—De seguro tu hermana se ha de haber entretenido por ahí —comentaba un poco disgustada Antonia—. Se ha tardado demasiado, solo iba a comprar unos ajos y pareciera que fue al campo a cosecharlos —agregó.

—Ya mamá, no te enojés ni te desesperes, ¡ya viene ahí! —dijo Dolores señalando hacia el pasillo en el que se encontraban los puestos que vendían ropa, cestos de mimbre, sombreros y demás accesorios.

Antonia comenzó a hacerle señas a su hija quien no la veía, esta insistió haciendo un ademán con la mano para que se apresurara. Al verla Bárbara, rápidamente se dirigió a donde estaban su madre y su hermana.

—¿Por qué tardaste tanto? —increpó molesta Antonia—. ¿Quién te obsequió esas flores? —agregó al ver que Bárbara traía en brazos un ramo de margaritas.

—Un joven simpático que trabaja en un puesto de flores por allá —respondió Bárbara de modo despreocupado.

—De seguro haz de andar de coqueta —recriminó Antonia—. Compremos lo que hace falta para terminar y así poder ir a ver a Xóchitl.

Antonia y sus hijas por fin terminaron de realizar las últimas compras y se dirigieron a la pescadería de Xóchitl, no con el fin de comprar pescado o mariscos sino simplemente para saludarla. Como era de esperarse a Xóchitl le dio muchísimo gusto ver a Antonia y a sus hijas y como era costumbre se pusieron a conversar sobre la familia y sobre trivialidades como chismes de la farándula, noticias de los diarios y sobre el acontecer del día a día. Antonia quiso saber cómo se encontraba Concha, a la que no veía desde aquel viaje a Veracruz, y Xóchitl le dijo que se encontraba muy bien y que, hacía apenas un par de días, le había llamado por teléfono. Antonia le cuestionó si le había hablado sobre el fallecimiento de Domingo. Al escuchar eso Xóchitl se estremeció un poco y su rostro se tornó un tanto sombrío. Tras apretar sus labios y tragar un poco de saliva, asintió con la cabeza. Xóchitl sabía lo difícil que le resultaba a Antonia hablar sobre eso. Al saber que Concha ya estaba al tanto, Antonia bajó su rostro y tanto su expresión corporal como la de su rostro se transformaron al venirse a su mente los recuerdos de aquel día. Al percatarse de que el enojo y la pesadumbre se adueñaban de Antonia, Xóchitl le propuso viajar de nueva cuenta a Veracruz, comentándole que ella tenía que viajar la semana entrante. Al oír eso, Dolores y Bárbara dibujaron en sus rostros expresiones de entusiasmo y emoción, las cuales se borraron en cuanto Antonia declinó la invitación cortésmente.

—Sería fabuloso volver a repetir dicho viaje, pero desde... —Antonia hizo una pausa al recordar a la extraña mujer vertiendo su llanto sobre el féretro de Domingo— la partida de Domingo, nuestra situación económica ha empeorado considerablemente y no estamos en posibilidades de viajar.

—Pero no tienen que gastar, se pueden hospedar en casa de mi hermana, además, le hará bien a tu salud y a tu estado de ánimo.

—Y podríamos ir a visitar a Verónica —agregó Bárbara quien sabía que ese sería el argumento que bastaría para convencer a su madre.

Antonia lo pensó unos momentos y terminó por consentir.

—Está bien, está bien, iremos a Veracruz.

De regreso al puerto

Antonia, sus hijas y Xóchitl, abordaron el autobús a Veracruz de la terminal de Buenavista. El viaje sería largo, alrededor de unas nueve horas, pues tenían que hacer escala en Puebla, Perote y Jalapa antes de arribar al puerto, por lo que llevaron unos bocadillos para mitigar el hambre en el transcurso del viaje. Bárbara y Dolores conciliaron el sueño mientras Antonia y Xóchitl conversaban. Al par de mujeres no les paró la boca en todo el viaje, ningún tema quedó desapercibido en esa larga conversación que hizo que el trayecto en el autobús pareciese cosa de unos cuantos minutos. Tras un largo viaje, por fin llegaron al puerto de Veracruz. Al salir de la terminal que hacía apenas unos meses había sido inaugurada, Antonia se persignó pues enfrente estaba la iglesia del Cristo del Buen Viaje.

— ¿Qué les parece si nos tomamos una Zaraza allá enfrente? —sugirió Dolores quien tenía un poco de sed.

Las mujeres estuvieron de acuerdo, así que cruzaron la calle. Al entrar las cuatro damas se quedaron un poco estupefactas.

—Creo que aquí no venden refrescos —le comentó Bárbara a su mamá.

Un señor, un poco entrado en años, con cabellera encanecida, cejas abundantes, piel bronceada y bigote poblado, que vestía una casaca blanca y pantalones negros se acercó hacia ellas.

—Buenos días ¿Les puedo servir en algo? —les preguntó de modo cortés y afable el señor.

—Señor, buenas tardes —habló Dolores—sería tan amable de traernos unas zarazas, por favor.

—Señorita, me temo que no podré hacerlo, esto es una peluquería.

Dolores desconcertada empezó a observar el lugar al que no le había prestado atención y vio a unos señores sentados en las sillas de peluquero con espuma alrededor de sus mejillas y cuello y a un peluquero con navaja en mano listo para rasurar a uno de los señores que se encontraba en las sillas.

Bárbara no podía contener la risa mientras que Dolores no podía ocultar lo avergonzada que se encontraba.

—No son de aquí ¿verdad? —el peluquero sospechaba que se trataba de turistas.

—No, venimos de la capital —respondió Antonia quien tomó del brazo a su hija Dolores.

—¡Con razón! Debieron confundirse por la publicidad de la Zaraza Vargas que hay en la fachada, pero si desean tomar un refresco, aquí en frente, en el parque Zamora está La Siberia o si prefieren una nieve, en el mismo parque está El Yucatán y la nevería Alaska.

—Gracias por la información, es usted muy amable —dijo Antonia luego de lo cual se dio la media vuelta jalando a Dolores.

Las cuatro damas salieron y cruzaron la avenida General Prim y se dirigieron al parque Zamora. Dolores quería una Zaraza, sin embargo, al resto de sus acompañantes se les apetecía más una nieve, así que se dirigieron a El Yucatán luego de que Dolores comprara una gaseosa en La Siberia.

Un paseo en el tranvía

Tras haber terminado de tomar sus nieves, Xóchitl les sugirió a sus invitadas que fueran a ver a Concha. Antonia gustosa apoyó la propuesta de su amiga ya que tenía muchas ganas de volver a verla.

—¿Está muy lejos de aquí? —preguntó Dolores.

—No, aproximadamente a unas siete u ocho cuadras para allá —respondió Xóchitl señalando la avenida Independencia.

—Entonces nos podemos ir caminando —propuso Bárbara.

—Es mucho para mamá y, además, hace mucho calor —refutó Dolores.

—No te preocupes hija, puedo caminar esa distancia —adujo Antonia.

—¡No mamá! —objetó Dolores.

—¡Ya, no se peleen! —exclamó Xóchitl—. Tomamos aquí enfrente el tranvía y llegamos en unos minutos al zócalo.

Las mujeres pidieron la cuenta y tan pronto como la liquidaron, se levantaron de sus asientos y fueron a la parada del tranvía para abordarlo tan pronto llegara. Desde ahí veían, el cine Díaz Mirón y la escuela Josefa Ortiz de Domínguez, así como el edificio Pazos y el Edificio Virginia que se levantaban a cada lado de la avenida Independencia a la altura del entronque con la calle Ocampo como dos gigantes guardianes en reposo que vigilaban desde las alturas a todos los que transitaban aquella avenida.

—Ahí viene —señaló Bárbara. A continuación, Xóchitl sacó de su monedero algunas monedas para pagar el tranvía.

Un tranvía de aquellos desprovistos de paredes y puertas con las cortinas abajo para evitar que a sus pasajeros los moleste el sol, de la ruta Villa-Bravo, se detuvo frente a ellas. Las cuatro mujeres lo abordaron y luego de que Xóchitl pagara la cuota correspondiente, tomaron asiento. El vehículo dio la vuelta sobre Rayón y continuó su recorrido hacia la avenida Hidalgo. En su trayecto Xóchitl, Antonia, y las hijas de esta última, pudieron apreciar el cine Reforma con su fachada en estilo Art-deco, así como el Palacio Federal cuya arquitectura neoclásica porfiriana contrastaba con el modernismo del cine.

—En la siguiente nos tenemos que bajar —les señaló Xóchitl a sus acompañantes al ver que se aproximaban al edificio de La Galatea. Al bajarse del tranvía, la mirada de Bárbara se posó en uno de los atlantes que ornamentaban la fachada de aquel edificio. Cruzaron la avenida Independencia y Antonia le externó a Xóchitl si tenía algún inconveniente si antes pasaban a persignarse a la catedral. Antonia alzó la vista y contempló el estilo neoclásico de la fachada de aquella nave. Las mujeres entraron persignándose luego de lo cual recorrieron la nave central aproximándose al altar mayor el cual tenía forma de tabernáculo y se encontraba aislado debajo del arco toral. Antonia clavó su mirada en la escultura de la asunción de la virgen. Entrelazó los dedos de sus manos e inclinó su cabeza cerrando sus ojos y en silencio se puso a orar. Dolores y Bárbara observaban detenidamente los detalles del interior de la Catedral la cual, a lado de la de la ciudad de México o la de Puebla, era bastante más modesta. Antonia alzó su cara y a continuación se persignó.

El accidente de Baby

Xóchitl, Antonia y sus hijas salieron de la catedral por la puerta que está sobre la calle de Gutiérrez Zamora, la cruzaron y atravesaron el zócalo pasando a unos metros de la fuente de las ranitas luego de lo cual continuaron hasta llegar a la calle de Lerdo. Mirando a un costado para ver que no viniera ningún carro, pasaron y entraron a los Portales de Lerdo. Concha que las vislumbró desde antes de que cruzaran la calle, salió a su encuentro para darles la bienvenida. Ya estaba ansiosa de verlas.

Concha se fundió en un abrazo con su hermana Xóchitl a la que no veía desde aquella ocasión en la que precisamente llevó a Antonia y su familia.

—¡Cabrona! Solo vienes cuando viene de visita Antonia —dijo en son de broma disfrazando un leve reclamo a su hermana a la vez que se acercaba a Antonia con los brazos abiertos.

Antonia y Concha se abrazaron y se saludaron afectuosamente intercambiando cariñosas palabras. También saludó a Dolores y a Bárbara, quien veía a un algodonerero caminando en el zócalo.

—Acompáñame a comprar un algodón de azúcar —le pidió Bárbara a su hermana quien siempre estaba dispuesta.

Bárbara se acercó e interrumpió la conversación que tenían Xóchitl, Concha y su mamá para avisar que iban a comprar un algodón de azúcar. Antonia la miró de forma seria por haber interrumpido la conversación. Bárbara desvió la mirada y fingió que no había sucedido nada luego de lo cual se volvió y tomando de la mano a Dolores, la jaló para cruzar la calle con dirección al zócalo. Bárbara con su potente voz, gritaba llamando al algodonerero quien al oírla de inmediato hizo el alto. Se aproximaron a él y le compraron uno rosado. Al caminar de regreso al bar, Dolores y Bárbara se toparon con el hermano de Baby, Sebastián, el cual las reconoció de inmediato y las saludó afectuosamente.

—¿Qué ha sido de Baby? —cuestionó Bárbara dibujando en su rostro una expresión de picaresca mordacidad a la vez que miraba de reojo a su hermana quien se ruborizó.

—Pues la realidad es que no está muy bien... —Sebastián hizo una pequeña pausa, ya que hablar de ello le resultaba un poco difícil, se tomó un respiro, y continuó—. Baby y yo tuvimos una fuerte pelea y desde entonces no nos dirigimos la palabra. Cierta día llamaron a la casa para avisarnos que había sufrido un accidente. Como bien saben él es clavadista y al arrojarse del trampolín de diez metros este no calculó bien la distancia y mientras ejecutaba un giro en el aire, golpeó su cabeza contra el borde del trampolín que estaba abajo y cayó inconsciente al agua. Tras rescatarlo lo llevaron inmediatamente a un hospital. Luego de estar un mes internado y bajo observación, le dieron el alta, sin embargo, no se recuperó del todo, aún tiene secuelas, sufre de desmayos perdiendo el conocimiento por completo.

—Qué pena —se lamentaba Dolores.

—Después de que había decidido estudiar una carrera y haber logrado pasar el examen de admisión —continuó Sebastián—, abandonó los estudios y se puso a buscar empleo. Por coincidencia, y sí, también por fortuna, por decirlo de alguna manera, lo consiguió como chofer en la misma empresa en la que trabajo yo...

—¿Para estar juntos? —preguntó Dolores interrumpiendo a Sebastián.

—No, para nada.

—¿Entonces? —cuestionó Dolores intrigada ante la negativa de Sebastián.

—Yo trabajo de conductor de autobús en el ADO, mi base está aquí en Veracruz, es un trabajo muy pesado y de mucho riesgo, algunas carreteras están en tan mal estado que he tenido que cavar zanjas para desatascar el camión y hay ocasiones en las que he tenido que conducir con neblina o lluvia a través de las montañas, créanme, es un trabajo muy demandante y con mucha responsabilidad, pues llevas las vidas de muchas personas a bordo. Baby, como les dije anteriormente, no quedó del todo bien luego del golpe y pone en riesgo la vida de los pasajeros si se desvanece mientras conduce y fue por eso que tomé cartas en el asunto y denuncié su situación médica a la compañía. Como era de esperarse lo despidieron.

—¿Se enteró que tú lo expusiste ante la empresa? —Bárbara deseaba saciar su curiosidad.

—Por supuesto que se enteró y me reclamó enérgicamente, nos hicimos de palabras e incluso intercambiamos golpes y es por eso que al día de hoy no nos hablamos.

Los hermanos Cabrera

Xóchitl, Antonia y Concha continuaban conversando en la mesita en la que se habían instalado afuera del restaurante y bar, desde donde Antonia observaba a Dolores y a Bárbara charlar con un joven al cual no identificaba por lo que esta comenzó a inquietarse.

—¿Qué sucede, Antonia? —Concha se percató de que Antonia dejó de prestar atención a la conversación que sostenían en cuanto vio a sus hijas platicar con un muchacho.

El semblante de Antonia se transformó, dejó de mostrarse afable y alegre y se tornó hosco y molesto.

—Antonia —habló Concha—, no te preocupes ese muchacho es Sebastián, el hermano de Baby, de seguro se acercó a saludarlas. Él trabaja de chofer del ADO, lo conozco bien, es un buen tipo, tranquilo y trabajador, antes que la estación autobuses estaba aquí a un lado, lo veía con mucha frecuencia.

Antonia se tranquilizó un poco, sin embargo, no dejaba de vigilar a sus hijas. Así estuvo hasta que comenzó a desesperarse y decidió hacerle una señal con la mano a Dolores para ordenarles que ya regresaran.

Bárbara y Dolores se aproximaron a la mesa, de inmediato uno de los meseros acercó dos sillas para que ellas tomaran asiento, luego de lo cual les ofreció algo de tomar, a lo que ellas educadamente rechazaron pues acababan de tomar una nieve.

—Antonia —habló Concha—, esta vez me da mucha pena, pero no podré ofrecerles hospedaje en mi casa, pues en estos momentos me están haciendo unas reparaciones y no la tengo en condiciones adecuadas para ustedes, no obstante, ya arreglé su estancia aquí con unas amistades mías que rentan habitaciones en una residencia que está en la avenida Prim con esquina en Azueta, frente al estadio de futbol y béisbol, la cual no está demasiado lejos de aquí, a unos minutos en tranvía.

—Muchas gracias Concha, no debiste haberte molestado —adujo Antonia.

—No fue ninguna molestia. De hecho, déjame llamarles para avisarles que irán a instalarse para que les tengan preparada una habitación.

Xóchitl, Antonia y sus hijas se despidieron afectuosamente de Concha a la que quedaron de ver en la tarde, luego de lo cual fueron a tomar el tranvía de la ruta Villa del Mar para ir a la casa de huéspedes de la familia Cabrera. Pronto llegaron a su destino el cual estaba justo enfrente del Parque Deportivo Veracruzano en el cual jugaba el equipo de fútbol Veracruz, el actual campeón de la Liga Mayor. Ahí también jugaba el equipo de béisbol, Los Rojos del Águila.

Xóchitl llamó a la puerta de la residencia. Tras una segunda vez que tocó, esta se abrió. Un hombre, que rondaba aproximadamente los treinta años, respondió al llamado y les preguntó qué se les ofrecía. Xóchitl le explicó y este de inmediato les invitó a pasar.

—Amós, Chalo, ¡vengan! —llamó el joven.

Tan pronto como llegaron los otros jóvenes, el mayor les pidió que lo ayudaran con el equipaje.

—Buenas tardes, mi nombre es Amado y estos son mis hermanos, Gonzalo y Amós y juntos ayudamos a nuestros padres con la casa de huéspedes. La señora Concepción ya nos dio instrucciones y les hemos preparado una de nuestras mejores habitaciones.

Para Antonia no pasó inadvertido el intercambio de miradas furtivas y flirteos que hubo entre sus hijas y dos de los hermanos Cabrera. Bárbara se fijó en Amós y Dolores en Amado.

—Amós y Chalo las conducirán a su habitación, cualquier cosa que necesiten avísenme —señaló Amado quien a un movimiento de su mano indicó a sus hermanos que tomaran el equipaje de las damas.

Xóchitl se despidió de Antonia y de sus hijas y les volvió a recordar que las esperaban en el zócalo en la tarde.

Chalo y Amós las condujeron a través de unas escaleras que llevaban al segundo piso y luego a través de un corredor con múltiples puertas que conducían a las habitaciones de otros huéspedes. Por fin llegaron a su habitación, Amós abrió la puerta, cediéndoles el paso a las damas, luego de lo cual, entraron para dejarles el equipaje junto a un tocador que estaba frente a las camas.